

EL FIN DE ABSABLO



El rumor era cierto. Como si de repente hubieramos despertado en medio de una pesadilla, nos golpeó con toda la crudeza de su realidad. Primero eran vagas referencias. "Tengo un amigo que tiene un amigo que tiene un amigo que ha oído..." Pero ahora ya no había duda. Ninguna duda. Bastaba mirar al mar y observar los restos que todavía aparecían flotando, mecidos por las olas. Restos de nuestra hermosa capital. Resto de la incomparable Myl-Ablos. Destruida por nuestra mayor pesadilla. Destruida por Absablo.

Como funcionario de la ciudad de Myl-Adran tuve que atender a muchos refugiados de Myl-Ablos, tratando de instalarlos en nuestra ciudad, de repente desbordada. Multitud de agoreros salieron proclamando el fin de nuestra civilización. Su total destrucción. Era difícil no hacerles casos al oír los relatos que contaban los refugiados. Relatos de horror, de destrucción y de un poder más allá de toda comprensión. Relatos de un miedo ancestral instalado en nuestras entrañas y condenado a no desaparecer nunca. Y, sobre todo, relatos de muerte. Absablo había retornado una vez más, enviado tal vez por los dioses como cruel castigo. Pero, ¿por qué? Muchos eran los interrogantes, pero pocas las dudas acerca de nuestro futuro. De nuevo la huída. De nuevo el dispersarse como las finas gotas de una ola al romper contra un acantilado. Porque no había victoria posible. Y todos lo sabíamos. ¿Todos? Dioses. Todos no. Todos no.



Habilitamos como pudimos la gran sala de nuestro Ayuntamiento para que el Consejo de Ancianos, o lo que quedaba de él, pudiera realizar una sesión extraordinaria. Una reunión de emergencia. De forma totalmente excepcional, además del Rey Derminëista también asistirían sus principales caballeros. Trataba de acomodar lo mejor posible a los venerables ancianos de nuestra raza cuando les vi llegar. Por las profundidades abisales, ¿por qué empieza a temblar mi mano al escribir esto? ¿Por qué se encoge mi corazón y se agolpan las lágrimas en mis ojos? Entraron en grupo, silenciosos,

solemnes, majestuosos. Sin duda no eran atlantes comunes. Eran otra raza. Seres mitológicos encarnados para ayudarnos en esta hora de necesidad. En toda la historia atlante, llena de triunfos, de azañas, de mitológicos héroes y de incomparables gobernantes hubo nunca ni uno solo que pudiera, ni de lejos, compararse con ninguno de ellos. A algunos ya los había visto con anterioridad, pero ahora parecían tan distintos. Me sentí pequeño e insignificante. Indigno de permanecer en la misma sala que ellos.

Derminëista, el Grande. Monarca de los atlantes. Entró con paso firme. Alta su cabeza coronada. Serio su semblante pero brillantes sus ojos. Tomó asiento junto a los ancianos más viejos y comenzó a departir quedamente con ellos. Tras él entraron los demás.

Garganión, el Constructor, con una brillante armadura que no recuerdo haberle visto antes. De hecho no recuerdo haberle visto armado. Junto a dos ayudantes estudiaba una serie de pergaminos. ¿Planos, quizás, de la desaparecida Myl-Ablos? ¿Planeaba ya desde ese momento su reconstrucción? Nunca lo sabré.

Abel-Asturii, el Mago. Llevaba una impresionante túnica azul océano que parecía fluir a su alrededor. Su rostro reflejaba una gran preocupación, pero también una gran determinación mientras manoseaba junto a su hasta hacía dos días aprendiz un inmenso libro. Asuntos arcanos, sin duda.

Kharonte, el Señor de Myl-Istelintë. Apareció mesándose su espesa barba, algo no muy habitual entre los atlantes, y observando con atención todo a su alrededor. Nunca había dudado a la hora de explorar los confines del reino, sin duda no dudaría tampoco en esta señalada hora.

Junto a la entrada se sentó Ulistrar, el Látigo. Su arrugado rostro no reflejaba ninguna emoción mientras afilaba quedamente su espada, un inmenso trozo de acero que él trataba amorosamente. Las canas de sus largos cabellos invitaban a pensar que quizás su sitio era otro, entre los nobles ancianos. Pero la fuerza de su brazo y la dureza de su mirada pronto lo desmentían.

Por último entró un noble que en esta hora trágica había ofrecido sus servicios al Rey. Se hacía llamar Legión. Nadie sabía su verdadero nombre ni el por qué de este apodo. Pero era de una estatura sobrenatural y uno solo de sus brazos era tan grande como cualquiera de mis piernas. Sonreía irónicamente mientras los ancianos comenzaban a cesar sus charlas y se preparaban para dar inicio a la sesión.

Aproveché un momento de despiste para ocultarme tras un enorme tapiz en el que aparecía bordado el hermoso escudo de la ciudad de Myl-Adran. Si en ese lugar se iba a sellar el destino de los atlantes yo quería estar presente. Nadie se apercibió de mi estratagema. Las puertas de duro roble se cerraron con un sordo eco y el silencio reinó en la sala. Me asomé levemente, lo suficiente para ver al viejo presidente del Consejo alzarse,

no sin dificultad. Su voz, ronca y gastada, inundó, sin embargo, toda la sala.

- Nobles hermanos. Excepcional es el motivo que nos trae hoy aquí, tan lejos de nuestro habitual lugar de reunión. Excepcional y trágico. Aún cuando los más viejos de nosotros éramos meros niños, los relatos sobre la bestia abisal azote de nuestra raza eran antiguas historias. Tan antiguas que ni nuestros abuelos sabían su origen. Jamás pensamos que podía existir la posibilidad de que nos tocara protagonizar relatos semejantes. Pero así ha sido. La bestia de inmundos nombres ha retornado y en nuestra mano está decidir qué hacemos. Pero antes de debatir el asunto y votar sobre él, el Rey ha solicitado ser escuchado por el Consejo. Que así sea. -

El anciano volvió a sentarse, casi a desplomarse, mientras un ataque de tos estremecía su cuerpo. Poco a poco la tos remitió. Y Derminëista, Rey de los atlantes, se levantó de su asiento y caminó lentamente hacia el centro de la sala. La corona en su cabeza reflejaba la luz de las antorchas en brillantes destellos. Por momentos parecían llamas sobre su cabeza.

- Noble Consejo. Agradezco la oportunidad de ser escuchado en estos terribles momentos. Como Rey de los atlantes y Jefe Supremo de los ejércitos atlantes tengo mucho que decir antes de que vosotros, como organo consultivo toméis una decisión. En un trance como éste nunca antes monarca alguno desatendió el consejo de este organismo. No quisiera yo tampoco hacerlo ahora. Pero veo el miedo en vuestros rostros. El terror ancestral e innumerable que atenaza vuestros corazones y vuestras mentes. Y miráis al pasado, a los años de destrucción y oscuridad. Y no véis otra solución que repetir los pasos de aquellos que nos precedieron. - Los ancianos se removieron inquietos. No veían por donde iba el Monarca. No los culpo, porque yo tampoco. - La huída puede ser una solución. Abandonar nuestros hogares, aquello que tanto tiempo y esfuerzo nos ha llevado construir y obtener. Dispersarnos de nuevo, hasta que creamos que el peligro ya ha pasado y podamos volver a instaurar una nación hasta la próxima llegada de Absablo. -

Los ancianos se encogieron y murmuraron al oír el nombre de la Némesis de los atlantes.

- Pero yo abogo por romper con tan amarga tradición. La bestia inmundos nombres está frente a nuestras costas. En nuestro mar. Poderosa e invencible es. Invencible... Para todos vosotros esta palabra significa que no puede ser vencido. Pero para mi sólo significa que aún no se le ha vencido. Y ha llegado la hora de cambiar eso. -

La reacción a esas palabras fue tremenda. Los venerables ancianos se levantaron, gimiendo, gritando, protestando, agitando todos sus brazos y pateando el suelo. Su indignación era enorme e increpaban al Monarca, al que tildaban de loco. Éste agachó la cabeza, mientras sus caballeros le observaban atentamente. De repente alzó el rostro y levantó sus brazos.

- ¡¡Silencio!! Estos atlantes y yo estamos decididos. Y me consta que las valientes tropas atlantes me seguirán donde sea menester, pues ellas ya se han enfrentado al monstruo en Myl-Ablos. Mi voluntad es firme. Se acabó el huir de la inmunda bestia. Ha llegado la hora de hacerle frente, la hora de derrotarle y erradicar su terrible sombra de una vez para siempre. Pues nunca habrá tranquilidad para los atlantes mientras semejante ser suponga una amenaza. Lo único que pido es que este venerable Consejo apoye mis actos. Lo único que pido es unidad ante el pueblo. Ante un pueblo aterrorizado. Ante un pueblo derrotado de antemano. Y si el Gran Dios Sardina abandona a sus hijos en esta hora de máxima necesidad, tiempo tendréis para poner en práctica todos vuestros planes de huida antes de que Absablo destruya una vez más nuestra civilización. -

Los ancianos, estupefactos, observaban al Monarca, grandioso y majestuoso en el centro de la sala. Un nudo atenazaba mi garganta mientras mi cuerpo temblaba incontrolado. No podía decirlo en serio. No podía. Pero sí lo hacía. El venerable presidente del Consejo se puso de nuevo en pie, con gran esfuerzo y apoyándose en su cayado para no caer.

- Nobles hermanos. Oído hemos a Derminëista, Rey de los atlantes. ¿Habremos de dar nuestro apoyo a su determinación, a su valor y a su destino? -

El silencio era tan espeso que casi podía cortarse. Pude ver a todos los caballeros del Rey observar fijamente a la asamblea, serios sus rostros. El rostro del acusado que aguarda sentencia. El rostro del que sabe que, decidan lo que decidan, sólo contemplará un amanecer más. De repente, un anciano de las últimas filas se puso en pie, solitario. Todas las miradas convergieron en él. Pero otro más se alzó. Y otro. En poco tiempo todos los ancianos estaban de pie, silenciosos y solemnes. El Consejo había hablado.

- Sea pues. Derminëista, Rey de los atlantes. Este Consejo ha tomado una decisión. Toma nuestra bendición y emprende tu noble tarea. Que el Gran Dios Sardina te ilumine y te guarde, a ti y a todos los valientes que te acompañan. Que su guía te permita destruir la amenaza. -

Desde mi sitio vi como Ulistrar le hacía una seña a Legión y ambos abandonaron la sala, seguidos por Kharonte. Mientras tanto, el Rey y el resto de caballeros recibían los ánimos de los ancianos, aunque dudo mucho que ninguno de ellos pensara que existiera la posibilidad de que alguno de ellos regresara con vida.

La noticia se propagó con celeridad. Aquella misma tarde pocos había en Myl-Adran que no conocieran el propósito del Rey. En cada calle, en cada plaza, en cada esquina los atlantes se reunían y discutían sin cesar acerca de la viabilidad de derrotar a la bestia. Muchos tildaban al Monarca de loco. Otros de enviado de los dioses. Aunque la mayoría contemplaba con resignación el hecho de que lo más probable era que tuvieran que abandonar la ciudad rumbo al exilio... una vez más. La noche transcurrió pausada. Pocos durmieron aquella memorable noche. Finalmente amaneció.

Nunca en toda mi vida había visto tanta gente en el puerto de Myl-Adran. Desde que comenzó a asomarse el sol, grupos de atlantes fueron llegando hasta el puerto para despedir a los defensores de la raza atlante. El personal del puerto había trabajado toda la noche sin descanso. Aún cuando yo llegué hasta el puerto, recién amanecido, seguían subiendo pesados fardos en los navíos, armas, sin duda, y comprobando las velas del transporte y de la galera. Ésta última lucía esplendorosa. Los carpinteros y técnicos del puerto le habían dado un último repaso y parecía recién sacada del astillero. En la proa, brillando con el sol de la mañana, un bello espolón que representaba al Gran Dios Sardina en posición de ataque, blandiendo su legendario tridente. Al observarlo murmuré una pequeña oración. Mucha ayuda divina iba a hacer falta.

Al poco rato de mi llegada, y cuando me encontraba charlando junto a algunos compañeros míos, funcionarios también de Myl-Adran, comenzaron a llegar las tropas. No hubo vítores para ellos. Sólo silencio. Silencio y lágrimas. Arqueros e infantes. Incluso la milicia. Todos pasaron entre la multitud hacia el dique, en medio de un sepulcral silencio. Sólo algún ocasional sollozo de alguna madre, esposa, novia o hija que no pudo contenerse ante la visión de su ser querido. Las tropas miraban a la multitud, desconcertadas. Y pude leer perfectamente la expresión de sus rostros. Miedo. Un miedo mayor al que la mayoría de los atlantes podrían soportar. No era justo. No era el modo correcto de despedirlos.

No sé qué es lo que me impulsó a actuar como lo hice, pero me siento tremendamente orgulloso de haberlo hecho. Avancé hacia el dique y, alzando los brazos, vociferé hasta que toda la multitud, incluidos los soldados, me prestaron atención. Era tal el silencio que mi voz podía ser oída sin dificultad.

- ¡¡Atlantes!! ¿Qué es esto? ¿Qué forma es ésta de despedir a los atlantes que se van a enfrentar a nuestra más terrible pesadilla? ¿Es qué acaso sólo silencio y sollozos es lo que debe acompañarles antes de luchar por todos nosotros? Al Gran Dios Sardina pongo por testigo que no habrá de ser así. Sé que muchos tenéis hijos, maridos, padres y familiares entre estos atlantes. Y sé que la idea de su pérdida atenaza vuestros corazones. Pero también sé que puestos a morir, no se me ocurre mejor forma de hacerlo. Cara a cara con el miedo personificado, demostrando un valor nunca antes igualado en nuestra historia. Y el nombre de cada uno de los atlantes que participen hoy en este combate será recordado y honrado para siempre allí donde haya un atlante. ¡Por eso yo os saludos, soldados atlantes! ¡¡Gloria para Myl-Ablos!! -

La multitud reaccionó de inmediato. Junto con mi último grito se elevó un gran clamor en el puerto mientras la multitud jaleaba a nuestras tropas, que, avergonzados, bajaban la cabeza o esbozaban tímidas sonrisas. Pero ninguno tenía ya en sus mentes a la inmundada bestia. Paseé mi vista por la multitud enfervorizada y de pronto les vi. Seis atlantes que acababan de llegar y me observaban fijamente. Derminëista y sus caballeros comenzaron a avanzar, entre los vítores de la multitud que les reconoció, acercándose a mi posición. Su porte era tan majestuoso como el día anterior en el Ayuntamiento. Junto a

Derminëista iba una joven doncella, hermosa como el amanecer desde los acantilados de Myl-Adran. “Así que los rumores son ciertos”, pensé. Nuestro Monarca no tenía esposa, pero se rumoreaba que había quedado prendado de una bella dama de la nobleza. Y que ella le acompañase ahora hasta el puerto parecía indicar que era correspondido. Y aún así había decidido enfrentarse al monstruo. Dioses.

Al llegar a mi altura los caballeros del Rey pasaron de largo, alguno incluso me sonrió, y comenzaron a embarcar o a dar instrucciones para que lo hicieran las tropas. El Rey y su doncella permanecieron junto a mi, despidiéndose. Lo que allí se dijeron lo pude oír perfectamente. Sin embargo ese secreto irá conmigo a la tumba, pues a nadie interesa las palabras de despedida que se profirieron. Tan sólo diré que las lágrimas corrían por las bellas mejillas de la doncella, cuales hermosísimas perlas, al terminar la despedida. El Monarca se volvió hacia mi.

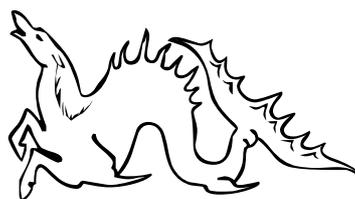
- Puede que no sepas cuán importantes han sido tus palabras de hace un momento, pero gracias a ti mi ejército embarca henchido de moral y dispuesto a enfrentarse a lo que sea. Tenlo en cuenta, pase lo que pase. Pues si triunfamos, el primer golpe lo has dado tú. -

Yo no sabía qué decir. Balbucí alguna incoherencia hasta que con un dulce gesto de su mano me acalló. Me contempló ahora con seriedad.

- Si ocurre lo peor, si fallamos y desencadenamos de nuevo la destrucción de nuestra raza, confío en ti para cuidar de esta dama. A ti te la confío. Guarda que nada malo le suceda. -

Dicho lo cual aferró afectuosamente mi hombro. Aún puedo sentir el calor de aquel apretón, mientras las lágrimas recorren mis mejillas, como lo hicieron en aquel momento. Lo único que pude hacer fue asentir titubeante mientras él dirigía una última mirada a la doncella antes de embarcar en la galera.

Todo estaba listo. Embarcadas las tropas nada quedaba ya salvo soltar las amarras de ambas embarcaciones, lo que se hizo con celeridad. Las hermosas velas azules se desplegaron con destreza y los navíos comenzaron su andadura hacia lo desconocido. Mientras la gente aún despedía ambos barcos agarré suavemente a la doncella de un brazo y le indiqué que me siguiera. Sabía perfectamente desde dónde podríamos observar mejor las evoluciones de la flota. Cuando empezamos a abandonar el puerto pudimos ver como emergían tres embarcaciones más junto a los dos veleros. Un último clamor inundó el puerto. Nuestros espolones también se despedían...





Yo fuimos los únicos que ascendimos hasta los escarpados acantilados que rodean Myl-Adran, pero sí de los primeros. Desde allí podíamos ver avanzar la flota, iluminada por el brillante sol de la mañana. Algunos portaban con ellos catalejos, para no perder detalle. Llegado a mar abierto los navíos se detuvieron lentamente, y un murmullo de sorpresa recorrió la pequeña multitud encaramada en los riscos. Procedentes de nuestras granjas submarinas emergió un grupo de hipocampos, bellas y nobles bestias. Y luego otro grupo, y luego otro, y así sucesivamente, hasta que gran parte del mar quedó lleno de ellos. Debía haber miles. Era un espectáculo asombroso. Y pudimos ver como Derminëista y sus caballeros se encaramaban cada uno en un hipocampo y abandonaban las embarcaciones. ¡Cuán grandioso parecía nuestro Monarca sobre tan noble bestia! Finalmente todo parecía ya listo y la multitud y yo mismo contuvimos el aliento expectantes. Pero Absablo no daba señales de vida.

Los hipocampos, navíos y caballeros se extendieron ocupando una extensísima porción de mar. Ignorábamos las intenciones del Rey, pero parecía que tenía un plan preciso. Los hipocampos, inteligentes seres, se removían incómodos, pero dispuestos a enfrentarse a lo que hiciera falta junto a los atlantes. Benditos sean. De pronto, el transporte comenzó a avanzar, abandonando la línea de combate. La tripulación, simples marineros, maniobraba las velas con destreza, aunque sólo los dioses saben el pánico que podían sentir navegando en solitario por aquellas aguas, indefensos.

- ¡Un cebo! -, exclamé. - ¡Derminëista les está usando como cebo! -

La embarcación continuaba avanzando hacia el norte, pero el mar parecía tranquilo. Todos observábamos con el alma en vilo. Hasta que lo que esperábamos sucedió. El mar, tranquilo hasta entonces, comenzó a burbujear, lentamente al principio y agitándose con furia al instante. Y de las profundidades de nuestro océano emergió la criatura más horrenda y terrorífica que nunca he podido contemplar. Absablo.

En realidad se trataba de una imprecisa y enorme forma verdosa. Numerosos tentáculos se agitaban amenazadores, golpeando el agua con furia conforme la criatura emergía, junto a una especie de extremidades, grandes como cualquier mastil de nuestros navíos. Unas monstruosas mandíbulas de aspecto carnosos y con varias filas de descomunales dientes chasqueaban babeantes el aire de la mañana. Y al finalizar su ascenso pudimos contemplar una monumental y amezadora cola, similar a la de las ballenas, que golpeó furiosa el mar, levantando inmensas olas. Los espectadores que contemplábamos todo desde la costa gemimos, desesperados. Aquel monstruo, aquel ser surgido de los abismos del tiempo, sin duda no podría ser derrotado por nuestra pobre flota. Era una locura. Las mujeres lloraban mientras los varones meneaban sus cabezas, derrotados.

En cuanto la criatura comenzó a emerger, el valiente transporte viró tan rápido como pudo, dirigiéndose hacia la costa, en una desesperada carrera contra el viento. Afortunadamente consiguió rebasar la primera fila de hipocampos que, coléricos, se dirigían ya hacia el monstruo. La bestia pareció contemplarlos (¿tenía ojos aquel ser?) indiferente, a pesar de la espuma y olas que levantaban en su avance. Una segunda fila avanzó tras estos primeros atacantes, mientras milicia y arqueros trataban de tomar posiciones para poder atacar a distancia a la bestia. Lo mismo hacían la galera y los espolones. Los proyectiles silbaron mientras cortaban el aire, perfectamente audibles desde la costa, y la gran mayoría impactaron en el ser infernal. Pero el efecto fué nulo. La desesperación cundió entre los que estábamos en la costa.

Absablo, ignorando a los hipocampos, trató de alcanzar el transporte, pero afortunadamente lo único que consiguió fué arrancar velas, jarcias y algún palo. Pero el buque siguió navegando, escorando levemente hacia mar adentro. Mientras tanto la fila de hipocampos comienza a abrirse, rodeando a Absablo, como si de una gigantesca red de pesca viviente se tratara. Quitó el catalejo que mi vecino tenía a mi lado e, ignorando sus protestas, enfoqué hacia la galera. Intuía que iba a pasar algo gordo. Allí pude ver a Abel-Asturii y a su aprendiz, en la proa de la galera. No podía escucharles, pero por los complicados y rítmicos gestos que trazaban en el aire supe que estaban lanzando un conjuro. ¿Cuál sería su efecto? Pronto lo descubrí. El mar comenzó a rugir y bullir, y sendas columnas de agua burbujeante se alzaron a pocos metros frente la galera. El agua fluía, enloquecida, por las columnas hasta que hubo un potente estallido que esparció una gran nube de agua pulverizada. El murmullo de asombro en toda la costa fué perfectamente audible. Dos elementales de agua se alzaban sobre el mar, uno de ellos tan grande como el propio Absablo. Ignoraba que la magia podía crear algo tan espectacular y tan enorme. El agua fluctuaba en el interior de ambas criaturas, como si estuvieran vivas. Sin embargo Absablo no pareció interesarse por ellos. Seguía obcecado en alcanzar el transporte. Y para sorpresa de todos, un enorme rayo de agua salió proyectado de lo que podría considerarse el pecho de la criatura, impactando brutalmente en el transporte. Vergas, mástiles y tripulantes se precipitaron al agua, pero el buque continuó a flote. La pregunta en la costa era obvia. ¿Pero ese ser también podía usar la magia? Como respuesta, espolones, galera, arqueros y milicia lanzaron sus proyectiles contra el monstruo, pero no causaron ningún daño. La desigualdad era enorme.

Absablo pareció detenerse, dubitativo, como si no supiera qué pensar de todos esos seres que comenzaban a rodearle. Nuestras tropas aprovecharon el momento, y cayeron sobre él en masa. Más de un millar de hipocampos rodeó a la bestia, junto con el elemental de menor tamaño. Pero el ser de las tinieblas golpeó ferozmente a las pobres criaturas. Sus mandíbulas se agitaron amenazadoras pero con poco efecto, pero sus dos principales extremidades golpearon con furia, alcanzando una de ellas a un grupo de pobres hipocampos, que acabaron en la superficie, tristes masas informes. Aparte de esos, muchos hipocampos fueron atrapados por los tentáculos de la bestia, aplastados sin compasión. A cambio, ni los hipocampos ni el elemental fueron capaces de golpear en el monstruo.

El silencio en la costa era sepulcral mientras veíamos como la bestia parecía observar a su alrededor, tal vez extrañado porque todas esas molestas criaturas no huyeran despavoridas como era habitual. “Esta vez no, malnacido”, pensé. “Esta vez no habrá huída”. Pero su extrañeza duró poco, pasando a fijar toda su atención en el poderoso y enorme elemental. Pero los numerosísimos hipocampos le impidieron alcanzarlo. Aunque el coste fué alto. Las zarpas y tentáculos de la bestia volvieron a sembrar la muerte entre las hermosas criaturas. Yo lo observaba todo desesperado, porque no veía la forma en que todo eso podría conducir a la derrota de Absablo. Sin duda Derminëista tendría pensado algo. Pero, ¿qué?

Los navíos mantuvieron una distancia prudencial con respecto a la bestia, pero lo suficientemente cerca como para poder atacarla con sus proyectiles. Y de pronto, un grito se elevó en el aire. Era un grito poderosos, de desafío. Un clamor justiciero que me encogió el corazón. Y al instante encontró su eco, llegando hasta la costa el clamor de un pequeño grupo. Derminëista y sus caballeros desafiaban al monstruo. Todos ellos convergieron sobre la bestia, rodeándola. Pero Absablo les ignoró por completo. Sólo tenía “ojos”, por decirlo de algún modo, para el enorme elemental. Así, le atacó encolerizado. Pero tanto sus mandíbulas como sus zarpas no hicieron más que atravesar el agua y lanzar algo de espuma al mar. La bestia se enfureció ante aquella contingencia. Y, por primera vez desde que emergió, rugió. El sonido fue ensordecedor, cargado de furia e ira. Y con su descomunal cola golpeó al elemental, que salió proyectado en una informe masa de agua decenas de metros. Pero poco a poco recuperó su forma como si nada hubiera ocurrido.

Tras este arranque de furia nuestras tropas atacaron, golpeando los proyectiles a la bestia, aunque una vez más sin efecto. Del mismo modo tampoco tuvieron efecto las espadas, hachas y mazas de Derminëista y sus caballeros. El único efecto que pareció tener tanto ataque fué el enfurecer al monstruo, que cual niño enrrabiado, se retorció y rugía. Un nuevo ataque le llegó por todos lados. Los proyectiles, aún sin hacerle daño, pareció como si le molestaran. Pero la bestia seguía centrada en el elemental, que recibió numerosos golpes, con un efecto curioso. El enorme ser pareció decrecer levemente.

Derminëista, harto de tanto ataque inútil, decidió probar una nueva táctica. Con un grito de furia alzó su lanza, apuntando al “pecho” de la bestia. Al instante un rayo de agua salió proyectado del arma. Pero el monstruo lo desvió hacia el cielo, desdeñoso, donde se desintegro en una fina lluvia. El Rey de los atlantes había llamado la atención de Absablo, quién le pagó con la misma moneda. De nuevo de la criatura surgió un rayo de agua, que golpeó contra Derminëista, quien trató de protegerse con su escudo. La multitud en la costa exclamó horrorizada. La bella dama a mi lado giró su hermoso rostro, refugiándolo en sus manos. La rodeé tórpemente con mi brazo, mientras volvía la vista hacia la batalla. Pero el rayo no mató al bravo Monarca. Hacía falta mucho más que eso. Y a pesar del impacto, que sin duda lo dejó herido, se incorporó y descargó de nuevo su arma contra la criatura. Los elementales siguieron el ejemplo del Monarca e hicieron lo propio, pero Absablo desvió indolente todos los rayos. No parecía haber forma de herir a la criatura. Él sin embargo, al atacar de nuevo al elemental, sí obtuvo recompensa a sus esfuerzos, pues

el arcano ser redujo sensiblemente su tamaño ante la lluvia de golpes que le propinó el monstuo. El resto de ataques de las tropas atlantes tuvo el mismo resultado que las anteriores veces. Nulo. La desesperación inundó aún más si cabe nuestros corazones.

La situación se prolongó de forma similar durante varios minutos, centrado Absablo en golpear al elemental e incapaces de herirlo nuestras tropas. El gran elemental continuaba viendo reducido su tamaño ante los golpes de la bestia. De pronto, cuando el tamaño de ambos elementales se había asemejado, ambos seres sorprendieron al monstruo lanzando una lluvia de rayos de agua, a costa, sin duda, de gran parte de su energía vital. Aunque Absablo desvió muchos, no pudo evitar que varios le alcanzaran. La mayoría se limitó a cercenarle algunos tentáculos, pero uno, más preciso, le golpeó de pleno el "tronco", destrozando tejidos y llegando hasta la carne de la bestia. El monstruo rugió de dolor y sorpresa. Absablo, nuestra peor pesadilla, el azote de los atlantes, la maldición de los océanos, el señor de los abismos, había sido herido.

El rugido de júbilo que se alzó desde la costa sin duda debió ser oído por nuestras tropas en el mar. Abel-Asturii trató de aprovechar la oportunidad. El elemental de menor tamaño tembló, y deshecho en una ola se dirigió hacia el otro elemental, que pareció crecer por unos instantes.

- ¿Y eso? -, pregunto uno de los que me rodeaba.

- Creo que Abel-Asturii ha roto el conjuro para recuperar parte de su poder. -, respondí dubitativo.

En efecto, tanto el mago como el elemental lanzaron sendos rayos de agua sobre la bestia, aunque ambos fueron desviados sin problemas. El elemental, por su lado, volvió a sufrir un tremendo ataque, siendo proyectado casi un centenar de metros. "Bendita criatura", pensé, ajeno al hecho de que era una convocación arcana. El combate continuó, con Absablo centrado en destruir el elemental y con nuestras tropas intentando alcanzarlo de nuevo. Hasta que el monstruo, con unos tremendos zarpazos, redujo el volumen del elemental al mínimo. Y bajo aquella lluvia de golpes, el elemental comenzó a crecer, superando en tamaño incluso al propio Absablo, y lanzando un terrible golpe abrió una enorme brecha en el costado del monstruo, desapareciendo acto seguido en una explosión de espuma, lluvia y vapor de agua. La gente en la costa suspiró desalentada. Sin el elemental para recibir los ataques del monstruo nuestras tropas estaban seriamente amenazadas.

Absablo pareció vacilar, como si contemplara estupefacto su herida. Se removió, como si buscara desconcertado al causante de su dolor. Sin duda hacía eones que la bestia no pasaba por un trance semejante. Pero continuaba siendo un ser de poder descomunal y, con un nuevo rugido, lanzó sus tentáculos contra los seres que habían cubierto el hueco dejado por el elemental. Varios miembros de nuestra infantería cayeron presa de su "abrazo". También Ulistrar y Legión fueron atrapados. Con el catalejo pude ver como

ambos forcejaban, tratando de liberarse, mientras los tentáculos presionaban sus espléndidas armaduras. Legión consiguió liberarse, pero el ser, preso de cólera, lanzó el resto de ataques contra nuestro héroe. Éste fue capaz de esquivar con habilidad las mandíbulas y la cola del ser, pero una de sus zarpas le golpeó violentamente. Pude ver como su yelmo saltaba literalmente por los aires, mientras la sangre corría por su poderoso cuello y hombros. Sus compañeros le observaron, preocupados, pero él alzó un brazo, que agitó indicando que estaba bien, antes de lanzarse veloz contra Absablo, seguido por sus compañeros. “Pero, ¿cuánto tiempo tardaría en morir alguno de aquellos prodigiosos atlantes?”, pensé con preocupación.

Los golpes de los héroes atlantes, una vez más, no tuvieron consecuencias. Sin embargo, los venablos lanzados por una de las unidades de milicia acertaron de lleno en el flanco degarrado por el elemental, aumentando el tamaño de la herida y provocando un rugido de dolor del monstruo. Aferré el catalejo con tanta fuerza que crujió entre mis manos. Derminëista, Rey de los atlantes, observaba temblar de dolor a su enemigo y no lo dudó. Alzándose sobre su hipocampo, como un titán surgido de las profundidades del pasado, elevó su poderosa lanza e imprimiendo toda su descomunal fuerza la clavó en la herida abierta. Acto seguido la extrajo con un seco tirón, y un asqueroso chorro de purulencias, sangre y viscosos fluidos corporales llovió sobre él. El monstruo infernal se retorció, gimiendo. No aguanté más. Acercándome al filo del acantilado grité con todas mis fuerzas:

- ¡¡Sufre, malnacido!! ¡¡Hijo de mil medusas putrefactas!! ¡¡Sufre y vuelve al infierno del que viniste!! -



Al instante un griterío ensordecedor se alzó desde la costa, bien insultando al monstruo o bien jaleando a nuestros soldados. En aquella lucha estaba involucrada toda la nación atlante.

El monstruo, repuesto de su desconcertada debilidad, “miró” a su alrededor. Y de inmediato surgió un rayo que destruyó a los milicianos que con su destreza habían herido al gran Absablo. Resuelto eso la bestia pareció centrar toda su atención en aquel que,

contra todo pronóstico, había sido capaz de alcanzar sus entrañas causándole un dolor desconocido para él desde hacía eones. Mientras tanto, los huecos que iban quedando en torno al monstruo eran velozmente rellenados. Así, una unidad de arqueros sustituyó a la destrozada milicia, y pude ver como el mismísimo Abel-Asturri ocupaba un puesto junto a la bestia. “Eso es valor”, pensé.

Garganión, el mago, Ulistrar y el Monarca fueron atrapados por los poderosos tentáculos del ser. Los cuatro gimieron ante la presión, pero el Rey pudo liberarse y lanzar un nuevo ataque al monstruo. Mientras tantos, las flechas y virotes seguían cayendo sobre la bestia, inefectivos, mientras una gran superficie en el mar adquiría un tinte entre rojizo y parduzco, dada la gran cantidad de sangre derramada y por el chorro de putrefactos fluídos que aún despedía la herida del monstruo. Absablo volvió a atrapar a Derminëista con sus tentáculos y le golpeó con sus garras, furioso, destrozando su armadura y haciendo que la sangre manara profusa. Incluso sus mandíbulas le provocaron un profundo desgarrón en el hombro, del que manaba la sangre en un denso chorro. La dama a mi lado sollozó, angustiada. Pero de nuestro Rey no se elevó un solo grito.

Legión, Kharonte y las unidades que rodeaban aún al monstruo trataron de herirle para que liberara a su Rey, pero sus intentos fracasaron. Abel-Asturii, Garganión y Ulistrar se retorcían, presas de los poderosos tentáculos. Éste último, que había conseguido liberar un brazo, apuñalaba desesperado el tentaculo con una afilada daga. Abel-Asturii, probablemente porque su armadura de cuero y su túnica hacían más difícil que le agarraran, consiguió liberarse del letal abrazo. Y le vi contemplar, horrorizado, como la bestia alzaba al Rey de los atlantes atrapado por numerosos tentáculos. Por la expresión de su rostro deduje que debía oír crujir los huesos de nuestro Monarca, hasta que Absablo, desdeñoso, lanzó por los aires el cadáver de Derminëista, el Grande, Rey de los atlantes. La playa se llenó de angustiosos gemidos y sollozos, y la dama a mi lado, incapaz de soportar tanto sufrimiento, se desvaneció en mis brazos. La hice reposar sobre la mullida hierba, mientras mi mirada retornaba al horror frente a nuestras costas. Caído nuestro Monarca, el más grandioso y heróico que nunca tuvimos, ¿qué posibilidad tenían ahora nuestras tropas?

Las muestras de pesar continuaron, pues nuestro mago también había sido gravemente herido, colgando inerte uno de sus brazos, pero alzándose pese a todo, ajeno al dolor. ¿Cuánto eran capaces de soportar esos atlantes extraordinarios? Mientras tanto, los proyectiles seguían cayendo sobre la bestia, perseverantes pero inútiles. Absablo, espoleado por su triunfo despedazando a nuestro Monarca volvió a atacar con furia. En esta ocasión su efecto fue devastador. Garganión, el Constructor, maestro de obras incomparables y eternas, pereció aplastado por los pesados tentáculos del monstruo. Así lo hizo también Ulistrar, el Látigo, maestro instructor de tantos y tantos jóvenes soldados atlantes. Sus blancos y largos cabellos caían lacios sobre su rostro cuando la inmundada bestia soltó su cadáver. Abel-Asturii, haciendo gala de una resistencia encomiable para un estudioso como él, pudo observar como no sólo los héroes sufrían el ataque del monstruo. Una unidad de arqueros fue destrozada por las garras del monstruo, que parecía empezar

a disfrutar con el “juego”. Y acto seguido la bestia lanzó hacia las alturas a nuestro incomparable mago que, tras alcanzar una altura considerable, se desplomó con violencia contra la sanguinolenta superficie marina. Aquellos poderosos seres, aquellos atlantes excepcionales iban cayendo uno a uno frente al monstruo de los abismos. Ni siquiera ellos podían derrotarle. Mucho menos ahora, con Derminëista muerto.

Los hipocampos, fieles hasta el final, volvieron a atacar a Absablo, pero éste los destrozó con sus tentáculos y garras. Y con un poderoso coletazo golpeó a Kharonte, lanzándole varios metros por los aires. Pero el héroe atlante se repuso rápidamente sin aparentes heridas. Retornó lentamente a su puesto mientras los proyectiles seguían cayendo sin consecuencia sobre la bestia. Con un gesto pareció indicar a los espolones que se retiraran del alcance del monstruo, mientras él encaraba de nuevo a Absablo. El Señor de Myl-Istelintë era quién se había convertido ahora en centro de las iras de Absablo. Pero se protegió con habilidad. Parecía tocado por una gracia divina que le permitía esquivar o soportar los ataques de la bestia. Pero cuando un nuevo coletazo le lanzó por los aires todos temimos lo peor. Pero una exclamación de sorpresa se alzó desde la costa. El héroe atlante retornó a la superficie, desafiante, y volvió a su puesto. El monstruo rugió, colérico con aquel diminuto ser que resistía sus ataques. Cientos de hipocampos fueron masacrados antes de que la bestia se lanzara de nuevo contra Kharonte. Pero el héroe atlante siguió resistiendo más allá de toda esperanza. Kharonte, Señor de Myl-Istelintë, siervo de Derminëista, el Grande, y de Sardándalo, el Desaparecido, hacía frente, decidido, a la Némesis de los atlantes. Soportando sus golpes, hundió su espada en los tentáculos de la bestia, mientras Legión hacía otro tanto en el otro costado del monstruo.

Los proyectiles seguían volando, cuando observé a mi alrededor. El acantilado estaba ahora repleto de gente lo mismo que las playas que le rodeaban. Todos contemplaba estupefactos la indescriptible escena. Aquello no era un combate normal. Éramos testigos de una lucha legendaria, digna de las cantadas por los trovadores, sagas de héroes legendarios y monstruos.

Los hipocampos seguían intentando dañar a la criatura, que los exterminaba a decenas. Caía ya la tarde. Largas horas de combate se habían sucedido y todos, incluida la infernal bestia, empezaban a dar muestras de cansancio. Kharonte, contemplando preocupado el sol caer hacia el poniente, hizo un vigoroso gesto a los espolones. Estos, presurosos, se sumergieron. Todos en la costa pensamos que aquello era el fin. Nuestras tropas se retiraban y todos deberíamos abandonar nuestros hogares, como nuestros antepasados hace tanto tiempo.

Absablo seguía destrozando hipocampos y con un veloz movimiento atacó a Legión, quien, desesperado, trató de resistir su ataque. Pero una de las zarpas del monstruo le arrancó violentamente uno de sus poderosos brazos. Sin tiempo para reaccionar, la cola del infernal ser le golpeó, lanzando su cuerpo, ya sin vida, contra la playa. Pocos eran los proyectiles que caían ya sobre la bestia.

Pero mientras el monstruo, visiblemente harto del prolongado combate, contemplaba una nueva oleada de los cada vez más mermados hipocampos, una inmensa ola se alzó desde las profundidades, y el cuerpo de Absablo se tambaleó, mientras su tentáculos golpeaban la superficie del agua.

- ¡Son los espolones! -, grité. - ¡Los espolones embisten al monstruo! -

Los poderosos navíos volvieron a embestir, haciéndolo tambalear a la bestia, que a pesar de todo logró destrozar un gran número de hipocampos. El sol comenzaba a hundirse en el horizonte. En la costa, ayudados por antorchas, la gente trataba de socorrer a los atlantes, heridos en su gran mayoría, que lograban alcanzarla. La oscuridad dificultaba que nuestras armas a distancia alcanzaran a la bestia, pero tampoco sus temibles tentáculos tenían ya la precisión de antes. Mientras los hipocampos seguían acosando a la bestia una gran cantidad de brea se desparramó desde nuestra galera. Inmediatamente se le prendió fuego, y el combate quedó iluminado por las danzarinas llamas. Kharonte seguía resistiendo al monstruo, último de los nobles y prodigiosos caballeros de Derminëista que sobrevivía, mientras tropas de infantería e hipocampos caían ante las acometidas de la bestia. Los tentáculos inmovilizaron a Kharonte mientras un poderoso rayo de agua golpeó a nuestra galera, destruyendo el palo de mesana. Aún así, sus tripulantes siguieron disparando. Liberado ya Kharonte, le vi mirar a su alrededor, espantado ante semejante carnicería. El monstruo seguía centrado en él, lo que daba una posibilidad a los sumergidos espolones. De pronto silbó fuertemente. Dos espolones retornaron a la superficie, mientras El Colmillo volvió a atacar bajo el agua al tiempo que Kharonte la atacaba en la superficie. Los tentáculos le atraparon una vez más. Y cuando parecía que aquello iba a ser su final un poderoso golpe de la cola de Absablo le proyectó de nuevo varios metros, liberándole de la presa y de una muerte cierta.

El mar estaba repleto de cadáveres. Poco o nada podían hacer las tropas atlantes supervivientes. Absablo se detuvo, contemplando las llamas y los buques a su alrededor. Pero ante la inmovilidad de éstos, se volvió hacia el Norte, tratando de alcanzar a Kharonte, quien huyó de su alcance lentamente. Mientras tanto, los buques disparaban contra el monstruo, pero sin efecto alguno. Cansado de la absurda persecución, Absablo lanzó un rayo de agua contra el Señor de Myl-Istelintë, pero este logró sobrevivir al impacto, una vez más. A pesar de ello, su margen de maniobra se acababa. Pronto Absablo podría acabar uno a uno con los navíos, destrozando los restos del ejército atlante.

Desde la galera se disparó el enésimo proyectil, con nulo efecto sobre la bestia. El transporte, arrastrado por los vientos, se encontraba demasiado lejos como para intentar alcanzar al descomunal monstruo. Uno de los espolones también abrió fuego, pero falló el blanco. Y en ese instante se produjo lo más anhelado por todos nosotros, aunque no por ello más esperado. El espolón Ardamek, El Colmillo, la joya de la insigne flota atlante maniobró y cargó una vez más sus armas. Los proyectiles vibraron en el aire en su avance hacia el monstruo. La parábola que describieron fue perfecta. Absablo, al oír su siseante sonido, pareció percibir el peligro, y se volvió ligeramente. Pero el movimiento descubrió

su flanco herido, que fué alcanzado de lleno por la andanada.

Absablo lanzó un rugido como ninguno de los que había lanzado hasta entonces. El dolor y la ira se alzaron inundando el aire. Incluso terraplenes enteros de los acantilados se precipitaron al mar, tal fué la potencia de su alarido de dolor. Ningún atlante oyó nunca un sonido tan gratificante. Agarrando tembloroso el catalejo pude ver como de la herida del monstruo se precipitaba al mar una considerable cantidad de sangre y purulentos fluídos, mientras el monstruo se retorció de dolor, provocando un gran oleaje. De pronto vi como salía de la herida una gran cantidad de agua, quién sabe si en un intento por parte del monstruo de cauterizarla. Una gran cantidad de rayos de agua emergieron del agonizante ser, aunque gracias al Gran Dios Sardina ninguno alcanzó ningún blanco atlante. Por último, con un violento movimiento, Absablo, azote de los atlantes, se sumergió, dejándo tras de sí una enorme mancha sanguinolenta. El silencio en la costa era impenetrable. Nadie lo podía creer. Todos aguardábamos a que la bestia emergiera de nuevo, encolerizada. Pero no lo hizo.



Kharonte, malherido, embarcó en el Ardamek y se sumergió junto a los otros dos espolones tras la bestia. La expectación en la costa era enorme. A mi lado sollozaba quedamente la bella dama de Derminëista, repuesta ya de su desmayo, que no de su pérdida. Tras unos interminables y eternos minutos, las embarcaciones emergieron y, a pesar de la oscuridad, se pudo ver claramente como la bandera del hipocampo rampante era alzada, con júbilo. Absablo, la Némesis de los atlantes, había sido derrotado por primera vez en toda nuestra historia.

Después supe que al perseguir a la bestia, los espolones la habían visto huir gravísimamente herida, quizás agonizante. Se dirigió hacia la profunda e insondable sima conocida como "La Presa". La violencia de su avance hizo que numerosas rocas se desprendieran, bloqueando el acceso a dicha sima. Ninguna otra vía encontraron nuestros buques para poder perseguir al monstruo. Aunque sin duda, si no ha fallecido como consecuencia de las heridas que le inflingimos tardará mucho en retornar para amenazarnos.

Corrimos todos hacia el puerto, dando gritos de júbilo y bañados nuestros rostros en lágrimas de emoción y gozo. Los buques de nuestra flota entraron en puerto entre los vítores incansables de la multitud.

Los espolones se sumergieron hacia sus embarcaderos submarinos excepto el Ardamek. Éste atracó en el muelle de superficie y la multitud pudo ver como Kharonte, el único de los caballeros de Derminëista que más allá de toda esperanza había sido capaz de hacer frente al ancestral monstruo, descendía renqueante del buque. Visiblemente herido era ayudado por dos atlantes. La multitud cesó en sus vítores y un reverencial silencio se apoderó del muelle. Veloz, uno de los médicos de la corte avanzó hacia el Señor de Myl-Istelintë y ordenó su rápido traslado hacia las instalaciones médicas. Su rostro parecía expresar un gran asombro porque el héroe siguiera vivo. La multitud contempló silenciosa cómo el héroe era trasladado, destrozada su armadura, lleno de sangre, pero, aún así, esbozando una sonrisa de enorme satisfacción en su barbudo rostro.

El resto ya es historia. Los grandiosos funerales por todos los caídos en la batalla, en los que aún recuerdo los cinco féretros alineados, con los nombres de cada ocupante labrados en mármol: Derminëista, el Grande, Rey de los Atlantes, Garganión, el Constructor, Abel-Asturii, el Mago, Ulistrar, el Látigo, y Legión. Nuestro Rey y sus caballeros, fallecidos por la seguridad de la nación atlante. Nunca su enorme sacrificio será suficientemente honrado. La reunión del Consejo de Ancianos, en la que se decidió proclamar a Kharonte Rey de los atlantes, inaugurando una nueva línea sucesoria. Kharonte I Absablichalle, el "asesino de Absablo". Y cómo se decidió modificar nuestro calendario, empezándose a contar los ciclos tras la derrota de Absablo, entrando así en la Sexta Era de nuestra historia. Todo eso, como digo, ya es historia.

Pero a pesar de las celebraciones, la victoria estuvo en todo momento empañada por la pérdida, enorme, que trajo consigo. Nada ni nadie podrá nunca sustituir a los héroes caídos. Ni nunca sus nombres serán suficientemente recordados ni honrados. Pues ellos derrotaron a Absablo, algo que nadie más logró nunca hacer. Y lo hicieron... por la gloria de Myl-Ablos.

Eluch Bastinder, Cronista de Myl-Adran.

